

## LOS REFRANES Y LA ECONOMIA POLITICA

Discurso pronunciado ante la Academia Colombiana en la Junta Inaugural de 6 de agosto de 1882.

POR CARLOS MARTÍNEZ SILVA

Señores:

En la junta pública inaugural celebrada ahora dos años, tuvimos la complacencia de oír una discreta e interesante disertación de nuestro querido y respetadísimo colega don José Caicedo Rojas sobre la índole, uso y valor filosófico del refrán en general, y en particular del castellano. Dijo entonces el señor Caicedo Rojas, en elegante símil, para pintar la fuerza de expresión propia de los refranes, ser éstos a manera de relámpagos que en la oscuridad de la noche alumbran una vasta extensión del paisaje, haciendo ver de un golpe campos, cordilleras, bosques, cortijos y veredas, o como diamantes que en un solo punto concentran y reflejan gran cantidad de luz.

Estas consideraciones del señor Caicedo Rojas, cuya exactitud habréis tenido ocasión de observar, me sugieren desde entonces la idea, a primera vista extravagante, de buscar en los adagios populares la síntesis de los principios de la economía política, tal como esta ciencia se enseña en nuestros días, porque me dije: si las verdades económicas son verdades de observación y de experiencia, fuerza es que el pueblo se haya apoderado de ellas también y las haya formulado a su modo en breves y concisas sentencias. Con positivo placer fui encontrando confirmada mi sospecha, de tal suerte que he llegado a poder arreglar, para la enseñanza de los fundamentos de la economía política, un programa cuyas proposiciones son casi todas refranes o adagios populares.

Y no os anticipéis a decidir que en este resultado hay una ilusión de mi parte, nueva confirmación del conocido refrán: *cada loco con su tema*. El pueblo también tiene su ciencia, no aprendida en libros ni en academias, no oscurecida por las vanas y sutiles disputas de los sabios, sino deducida de la simple observación de los hechos, confirmada por la diaria experiencia y aplicada a las necesidades comunes de la vida.

¿Y cómo es posible, observará alguno, que el pueblo sepa economía política, cuando es esta ciencia modernísima y flamante, que gasta cual ninguna humos aristocráticos y que no ha sido cultivada

hasta hoy sino por algunos pocos aficionados, a quienes no deja de apellidarse, acaso por lo mismo, soñadores y visionarios?

A mi juicio, la explicación del fenómeno está en que la razón natural es don preciosísimo, descendido de lo Alto para alumbrar a todo hombre que viene a este mundo. Los humildes, es decir, los pobres de espíritu según el mundo, usan de él; los soberbios abusan. Aquéllos lo reciben de Dios y lo aplican directamente a su objeto; éstos empiezan por discutirlo y terminan por enredarse en el dedalo de sus propias cavilaciones, hasta perder el hilo misterioso pero seguro que conduce a las esplendorosas regiones de la verdad. En Babel, Dios confundió la lengua del soberbio; y desde entonces la ciencia rebelde no engendra sino el caos y la estéril disputa. Y cuando el Verbo se hizo carne, antes de presentarse a confundir a los grandes y poderosos, se dio a reconocer, entre angélicas armonías, en las majadas de los pastores de Belén. ¿Qué de extraño tiene, pues, que el pueblo se haya adelantado en muchos puntos a los sabios? Mientras éstos disputaban, aquél trabajaba. También la tortuga venció a la liebre en la carrera, según lo refiere La Fontaine.

Ahora lo que no sé es si las consideraciones que sobre este tema pienso hacer sean asunto propio de un discurso en este lugar y en tal solemnidad como ésta, aunque sea cierto que el estudio de la literatura popular en sus dos más genuinas manifestaciones —las coplas y los refranes— llame hoy tanto la atención de los inteligentes. En todo caso tengo para tranquilizarme en este punto una razón poderosa: ignoro hasta ahora por qué se me brindaría con un asiento en el seno de esta Academia; pero lo que sí sé de positivo es que no se me llamó a ella en calidad de filólogo ni de literato; y como es vano pedirle peras al olmo, mis respetables colegas, y vosotros, señores, que nos honráis hoy con vuestra presencia, no debéis extrañar el que no os ofrezca, como lo deseara, peras, manjar muy delicado, sino lo que de sí dan ciertos árboles desprovistos de sabroso fruto: madera áspera y fuerte pero muy útil cuando hay quien sepa labrarla y beneficiarla. También, al escoger el tema de mi discurso, siguiendo las huellas de mi respetadísimo amigo el señor Caicedo Rojas, recordé aquel refrán: *quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija*. Y contando con esto y con vuestra benévola indulgencia, daré principio a mi tarea.

\*  
\* \* \*

Por mucho tiempo se tuvo como verdad inconcusa por todos los gobiernos, legisladores, filósofos y hombres de Estado, que *la riqueza consistía únicamente en el oro y en la plata*. De aquí —haciendo caso omiso de las doctrinas políticas y económicas de la antigüedad— surgió el conocido sistema mercantil, que privó en la Europa entera desde mediados del siglo XVI, casi hasta nuestros días, y con el cual se combinó, como consecuencia necesaria, el régimen colonial fundado sobre el monopolio. Conocéis los resultados de aquella política. Nuestra madre patria fue en especial víctima de ella, precisamente

porque se encontró en situación de darle más vasto desarrollo que ninguna otra de las naciones colonizadoras de Europa. En busca del oro y la plata de México y del Perú salieron de la Península para América más de tres millones de españoles, gente varonil y robusta, apta para las labores del campo y el ministerio de las artes y oficios. Inmediatos resultados de esta inmigración colectiva fueron el descacimamiento de la antes próspera agricultura, la decadencia de las fábricas de Toledo, llamada piña de oro, de Sevilla, reina del océano, de Burgos, Granada, Valencia y Medina del Campo; el estancamiento de su comercio, que enlazaba los puertos españoles, en activa contratación, con los de Francia, Flandes, Alemania e Italia. La excesiva abundancia de los metales preciosos produjo también en la Península la carestía de los artículos necesarios para la vida; y un mal superior a todos, mal cuyas consecuencias se dilatan de generación en generación: la licencia en las costumbres públicas y privadas, los hábitos de ocio y de disipación, el apocamiento del carácter nacional. El oro americano fue para España tósigo activísimo que en pocos años hizo cambiar totalmente de aspecto a aquel pueblo enantes tan noble, tan grande y tan viril. Pero la sed del oro y el régimen del monopolio no sólo agotaron y debilitaron la metrópoli, sino que mataron en germen la vida de las colonias americanas; y si quisiéramos indagar la razón verdadera de las crueldades de que fueron víctimas los indígenas en este vasto continente, no hallaríamos otra en el fondo que aquella falsa noción económica, raíz y fundamento del sistema colonial y mercantil. Y esto que se dice de España es aplicable igualmente a Inglaterra, Portugal, Francia y Holanda: el error fue común y comunes las consecuencias. Mas no paró ahí el mal: todas las potencias europeas adoptaron entonces, unas respecto de otras, cierta política suspicaz, de hostilidad permanente, de celos y rivalidades que embarazaba el comercio con perjuicio general, y que convertía a los pueblós en enemigos encarnizados por mar y tierra, empenándolos a menudo en guerras tenaces y desastrosas, como son todas las que se hacen por conflicto de intereses. ¡Cuánta ruina, cuántas desgracias de todo linaje cayeron sobre el mundo, por no considerarse como riqueza sino los metales preciosos! Y mientras los hombres de Estado se aferraban en esta opinión, el sentido común enseñaba por boca del pueblo la sana y correcta doctrina, mucho antes que Adam Smith la divulgara y demostrara; dígallo, si no, este rehrán español: *oro es lo que oro vale*.

\*

\* \*

Tendencia natural de todos los gobiernos ha sido siempre —y aún quedan de ello restos en el día— la de mezclarse y entrometerse en los negocios de los particulares a título de protección y amparo.

Partiendo del principio de que el gobierno sabe mejor que el individuo lo que conviene a éste y a la comunidad; de que el gobierno es siempre más ilustrado, más previsor, más diligente; de que el

hombre en sociedad es una especie de hijo de familia que no puede hacer nada sino bajo la dirección de su padre, que es el gobierno, éste ha tomado a su cargo suplir en todo caso por la impericia e ignorancia de sus hijos.

No es esta una broma sino la verdad desnuda. En España, hasta fines del pasado siglo, casi todas las acciones individuales estaban sometidas a severa reglamentación oficial. El agricultor, por ejemplo, tenía que sembrar en su tierra lo que la autoridad le ordenaba, en el tiempo señalado y en cantidad determinada; no podía destinar a labor las tierras ocupadas con pastos para la cría de ganados, ni le era permitido cerrar sus campos, ni roturar nuevos, ni disfrutar los esquilmos del terreno alzados los frutos. La autoridad le fijaba el precio de sus ganados y los lugares en donde debía venderlos, prohibiendo hacer depósito de ellos en tiempos de abundancia, o exportarlos adonde valían más. En la industria fabril todas las operaciones estaban disciplinadas; la ley determinaba el tiempo que debía emplearse en el aprendizaje de un arte u oficio, lo mismo que las pruebas a que debía someterse un aprendiz para pasar a oficial y de oficial a maestro. Estaba prohibido a las mujeres ejercitarse en la pasamanería, torcer la seda, forrar los sombreros y en otras artes semejantes. Una persona no podía tener más de un oficio, ni ejercer arte mecánica sin tener carta de licencia. La ley prescribía la manera de hilar el hilo, la lana y la seda, de tejer las telas, de teñirlas, etc., y hasta estaba señalado, bajo penas severísimas en caso de contravención, el número de hilos que debía tener una pieza. Para hacer cumplir estos minuciosos reglamentos el gobierno tenía a su servicio una infinidad de alguaciles y veedores que violaban constantemente el hogar doméstico y hostigaban a los artesanos con registros, sellos, procesos y castigos. Y no se contentaban los gobiernos con reglamentar la fabricación, sino que pretendían también llevar la mano hasta el seno de las familias para arreglar sus gastos e impedir así el menoscabo de los patrimonios. En España estuvo tasado el número de platos que debían servirse en las mesas diariamente, los cuales eran dos, tres o cuatro, según la dignidad de las personas; los vestidos de las dueñas y doncellas debían tener cierto número de varas y no podían ser sino de determinadas telas: un rico hombre no podía comprar sino dos mantos en el año, y por este estilo seguían las pueriles e ineficaces prohibiciones, que no servían sino para fomentar el disimulo y la hipocresía en los ricos y pudientes, y para oprimir y vejar a los pobres y desamparados. ¿Y todo esto de dónde provenía? De creer, como ya dije, que el gobierno lo ve todo, lo sabe todo, y lo puede todo, y que los particulares son a manera de menores, sujetos a perpetua tutela, incapaces de prevenir cualquier engaño y de manejar sus negocios propios. Esa era la teoría oficial y consagrada; pero a ella oponía el pueblo por lo bajo, en medio de sus sufrimientos y angustias, la doctrina que hoy tenemos por verdadera:

*Más sabe el necio en su casa que el cuerdo en la ajena. No hay tonto para su provecho.*

\*  
\* \* \*

Tocante al capital, enseñan los maestros de la economía política que éste no se forma sino lentamente por el trabajo, ni se adelanta y conserva sino por medio de la prudente economía; que sin el auxilio del capital los esfuerzos del hombre en la industria son estériles; que la fuerza productiva del capital va creciendo en proporción geométrica a medida que aumenta su masa; que el capital sustraído a la obra de la producción es como si no existiese; que el capital es cuanto sirve al hombre en su tarea de señorear la naturaleza, y que el representado en numerario no lo es sino en cuanto se transforma en verdaderos elementos productivos. Formular estos triviales principios ha sido obra de siglos; pero antes de que ellos aparecieran en los libros, formando cuerpo de doctrina, ya el pueblo los tenía al dedillo. Compruébanlo los siguientes adagios, entre muchos que en este capítulo pudieran citarse:

*Tras el trabajo viene el dinero y el descanso.  
La ociosidad es madre de la mala ventura.  
No se pescan truchas a bragas enjutas.  
Grano a grano hinche la gallina el papo.  
Sobre un huevo pone la gallina.  
Quien no tiene buey ni cabra toda la noche ara.  
No hay abundancia si no se adelanta.  
Poco vale ganar sin guardar.  
La mar que se parte, arroyos se hace.  
El dinero no crece en el talego.*

\*  
\* \* \*

No basta, empero, que se produzca mucho en una sociedad. Para que la producción sea fecunda y benéfica es necesario que la riqueza creada se distribuya con equidad entre todos los agentes de la producción. Dios, al imponer a los hombres la ley del trabajo, quiso que cada cual viviera con el sudor de su frente, con independencia y dignidad, y por eso nos hizo libres. La riqueza que se acumula en pocas manos degenera en elemento de opresión, y se hace así aborrecible para el pueblo trabajador, que no hallando remuneración proporcionada a sus esfuerzos, llega a considerar a los ricos como sus naturales enemigos. Cuando por una viciosa distribución se constituyen en la sociedad dos clases o castas, la una que padece y trabaja, la otra que goza y disipa, no está lejos el día de las grandes convulsiones y de las aterradoras venganzas. El cuerpo social está sometido a leyes semejantes a las que rigen el mundo físico: el desequilibrio no es estado natural, y por eso vemos que cuando las aguas de los torrentes encuentran un súbito estorbo, se revuelven enfurecidas, y luchan por abrirse paso hasta que lo logran; pero en-

tonces no van a buscar el lecho acostumbrado, sino que salen desbordadas arrasando mieses y plantíos, y arrastrando consigo cortijos y ganados.

*In segetem veluti quum flamma furentibus austris  
Incidit, aut rapidus montano flumine torrens  
Sternit agros, sternit sata lata, boumque labores  
Precipitesque trahit silvas...*

Tal es también la fiel imagen de las revoluciones sociales, engendradas siempre por injustas y antinaturales distinciones de clases. A la vista tenemos un ejemplo elocuente de lo que puede llegar a ser una distribución de la riqueza no fundada en la equidad. La cuestión irlandesa, legado funesto de la reforma protestante en Inglaterra, no podrá resolverse a la larga sin conmover la solidísima constitución de ese Reino; y de seguro el cataclismo social que allí se prepara repercutirá en el mundo entero. Filosofía profunda se encierra, pues, en este adagio italiano:

*Son las riquezas como el abono: amontonado hiede; regado fertiliza; que vale lo mismo que este otro español: Un rico solo empobrece a ciento.*

\*  
\* \*

Por un extravío inexplicable, cierta escuela política pretende hoy presentar al capital en pugna con el trabajo, haciendo creer a las que llaman clases desheredadas que están condenadas a perpetua esclavitud, mientras no acaben con el imperio del capital. ¡Y hay pobres ilusos que dan oído a tan satánica doctrina, y que creen cándidamente que el día en que los capitalistas se tornen mendigos, los padecimientos de los pobres cesarán como por ensalmo! No habiendo ricos lo serán todos: tal es la voz del seductor, ¡la misma exactamente que se oyó en el paraíso! “Seréis como Dios.” Siempre el orgullo en rebelión contra las jerarquías naturales, siempre el hombre pretendiendo corregir la obra de su Creador. Pero contra Dios no se puede luchar: sus leyes se cumplen de un modo ineludible, a despecho del mismo que las quebranta. Así, el día en que las predicaciones socialistas consiguieran solevantar las masas populares contra el capital —lo que acaso Dios permitirá alguna vez en sus inescrutables designios— sucedería una de dos cosas: o ese capital se conservaba sin menoscabo, pasando sólo de las manos de los legítimos dueños a las de los usurpadores, y la situación entonces no cambiaría en el fondo, con la diferencia de que los nuevos amos serían más insolentes, despóticos y opresores que los anteriores; o el capital, para que hubiera consecuencia en la doctrina niveladora, se distribuiría por completo. ¿Cuál sería en este último supuesto la consecuencia? Ella salta a la vista: los pobres no estarían entonces, es cierto, bajo la dependencia de los ricos; pero quedarían de hecho sometidos al imperio del más duro, del más implacable, del más exigente de los ti-

ranos: el hambre. Sin capitalistas que suministren recursos para las grandes industrias, sin empresarios que las acometan y las lleven a término, pagando a los obreros, es decir, vistiéndolos y alimentándolos a ellos y a sus familias, ¿de dónde sacarían los que de por sí nada tienen para proveer a tan premiosas necesidades? Si, pues, es verdad que el pobre alimenta al rico, también lo es que el rico alimenta al pobre. Ese es el orden maravilloso establecido por Dios; destruida esa dependencia recíproca, que por lo mismo viene a ser verdadera independencia común, la sociedad se destruye. Los pobres humildes que comprenden esto y que saben que en la lucha con el capital la llevan perdida, porque *si da la piedra en el cántaro o el cántaro en la piedra, peor para el cántaro*, rechazan las pérfidas sugerencias de los demagogos, oponiéndoles a modo de consuelo este sencillito argumento: *Más da el duro que el desnudo. Quien poco ha, poco da. De costal vacío nunca buen bodigo.*

\*  
\* \*

Conocéis, señores, los maravillosos efectos de la división del trabajo. Basta para comprenderlos fijar por un momento la atención en un objeto cualquiera de los que nos suministra la industria. Ved, por ejemplo, un libro, uno de esos que colman los anaqueles de vuestros estantes, y que con ser de tan subido valor intrínseco, son sin embargo de tan bajo precio que están al alcance de los menos adinerados. ¡Qué prodigiosa cantidad de trabajo se encierra en esas páginas. En cada una de ellas han tomado parte el que limpia los tipos con la broza, el distribuidor, el cajista, el que saca las pruebas, el corrector, el que prepara los rodillos, el que da la tinta, el prensista, el plegador, el encuadernador, el librero, el acarreador, el comerciante; la lista sería demasiado larga. ¡Y cuántos en la preparación del papel, de la tinta, de los tipos, de las máquinas, de cada uno de los utensilios y enseres indispensables para la fabricación del libro!

La imaginación se confunde cuando quiere apreciar la labor que representa un producto industrial, y el asombro sube de punto cuando se comparan en ese mismo producto su precio de venta y los obstáculos vencidos en la fabricación. Todo el secreto de este fenómeno está en la división del trabajo. En una gran fábrica cada obrero no ejecuta sino una sola operación todos los días y constantemente; como no hay pérdida de momentos, ni confusión de ocupaciones, ni desordenados movimientos; como cada cual sabe lo que debe hacer, y como no tiene que pensar en otras cosas, su espíritu todo se concentra en la obra que se le encomienda. La práctica constante da así al obrero singular versación, y le permite trabajar con pasmosa celeridad, porque, como lo enseñan estos refranes, *el usar saca oficial; buey viejo surco derecho; el que está en la aceña muele y no el que va y viene; no se puede repicar y andar en la procesión*. De este modo el producto, resultado de tantos esfuerzos aislados, reúne en sí la perfección y baratura que se advierten en cada uno de los elementos componentes.

Esa producción simultánea, ordenada, activa, es lo que hace tan grata la vista de una gran fábrica, y ese mismo encanto es el que se experimenta cuando contemplamos el trabajo de una colmena de abejas, tan poéticamente descrito por Virgilio:

*Qualis apes æstate nova per florea rura  
Exercet sub sole labor, quum gentis aduitos  
Educunt sætus, aut quum liquentia mella  
Stipant, et dulci distendunt nectare cellas;  
Aut onera accipiunt venientum, aut, agmine facto,  
Ignavum fucos pecus a præsepibus arcent;  
Fervet opus, redolentque thymo fragantia mella.*

Resultando muy abundante y barata la producción, en fuerza de la división del trabajo, los empresarios inteligentes, que saben con el pueblo que *muchos pocos hacen un mucho* y que *muchas gotas forman un cirio pascual*, se afanan de continuo por bajar de día en día el precio de sus productos para extender el mercado; y de esta suerte se enriquecen ellos, y los consumidores pobres, que tan injustamente se quejan en ocasiones de los capitalistas y empresarios, ven cada día entrar a sus cabañas y zaquizamies objetos de comodidad y aun de regalo que antes miraban con codiciosos ojos, como patrimonio exclusivo de los ricos y afortunados de la tierra.

Consagrarse, pues, cada uno a aquel trabajo para el cual tiene disposiciones naturales, continuar en él con inapeable perseverancia, *age quod agis*, concurrendo así humilde y calladamente a la obra del adelanto común en la gran colmena de la humanidad, es el plan de la Divina Providencia. *Zapatero a tus zapatos* es la máxima popular, porque *el que mucho abarca poco aprieta* y *muchas manos en un plato pronto tocan a rebato*. Cicerón recomendaba también esta saludable práctica, de aplicación no sólo a la industria sino a las profesiones liberales y a todos los ramos del saber: *Quam quisque novit artem in hac se exercent*.

\*  
\* \*

En dos principios elementales estriba toda la doctrina del comercio libre: primero, que ningún hombre ni ningún pueblo se basta a sí mismo, o de otro modo, que todos necesitamos de todos, como que la vida social no es la agrupación de individuos sino la prestación de recíprocos servicios; y segundo, que los productos de la industria no adquieran valor sino por el cambio. El primero de estos dos axiomas económicos es la aplicación de la gran ley de la división del trabajo en el comercio de individuo a individuo y de pueblo a pueblo; ley que se demuestra con sólo reparar en que cada hombre no ha sido dotado por Dios sino con muy limitados medios de producción, a la vez que le ha sometido a necesidades indefinidas. Existe, pues, en nosotros un desequilibrio permanente entre nuestras necesidades y nues-



tros propios recursos; pero en la sociedad ese desequilibrio no sólo desaparece, sino que, merced a la combinación de esfuerzos comunes, venimos a recibir infinitamente más de lo que damos. Sabiduría infinita de Dios que, no contento con imponer la caridad como ley del corazón, nos estimula también a cumplirla con el atractivo del interés. Ligados estamos, pues, todos los hombres con apretado vínculo; la prosperidad de nuestros prójimos es nuestra propia prosperidad, su desgracia es nuestra también. Y esto que se dice de los individuos es aplicable igualmente a las naciones: entre ellas no hay necesario conflicto de intereses industriales y comerciales, como se creía antes, cuando un pueblo consideraba que para enriquecerse y prosperar necesitaba arruinar a los que le hacían sombra. Hoy el interés de las naciones es que todas se enriquezcan, produciendo aquello en que naturalmente pueden sobresalir, para que así les sea dado comprar lo que otras en circunstancias análogas producen a su vez. La mejor protección a la industria nacional es, por lo mismo, la libertad, porque si sus productos son naturalmente malos o caros, las prohibiciones redundan en perjuicio de los consumidores, y si se encuentran en capacidad de producir bueno y barato, no necesitan entonces de los andadores de la prohibición.

Todo esto lo sabe el pueblo tan bien como los economistas, y para que su voz sea más autorizada en asunto tan capital, será bueno hacerle hablar en varias lenguas:

*No hay hombre sin nombre.  
 Hazme la barba, hacerte he el copete.  
 Alterum alterius auxilio eget.  
 Un barbier rase l'autre.  
 Una mano la otra lava y las dos la cara.  
 Le fort du diable a besoin.  
 One beats the bush and another catches the birds.  
 The lion had need of the mouse.*

Y sobre la ineficacia de la prohibición en beneficio de la industria nacional, falla así el pueblo español:

*Haz buena harina y no toques bocina.  
 La mercancía va adonde vale.  
 El buen vino la venta trae consigo.  
 El buen paño en el arca se vende.*

\*  
 \* \*

¿Por qué las obras emprendidas en común salen de ordinario malas y caras? Porque en ellas falta el interés individual, aguijón poderoso que estimula a vencer todas las dificultades, a prevenir los riesgos, a buscar economías, a no descuidar ningún pormenor por insignificante que parezca, a ganar tiempo en todo, a anticiparse con

solicitud a las necesidades, gustos y caprichos de los compradores. El que va a las ganancias y a las pérdidas en una industria, trata naturalmente de que aquéllas sean siempre mayores que esotras, y para conseguirlo no hay otro medio que la diligencia y el cuidado. De aquí deducen los economistas que los gobiernos son por lo regular los peores empresarios, porque en las obras por ellos emprendidas las pérdidas las paga el público, y los empleados o agentes tiran sus sueldos íntegros, corresponda o no la utilidad realizada al sacrificio impuesto a los contribuyentes. Así se explica también el desastre final de aquellas poderosas compañías privilegiadas de comercio que se organizaron en otro tiempo en Inglaterra, España y Holanda para el tráfico con sus respectivas colonias. Tenían en su favor el monopolio; pero como eran máquinas pesadísimas, movidas por agentes extraños que no tenían el mismo interés que los socios industriales, faltaba en ellas todo lo que constituye garantía de acierto en las empresas particulares. En éste también el riesgo de las grandes compañías anónimas, tan comunes en nuestro tiempo, y las cuales, si es verdad que han realizado maravillas, también lo es que han sido mina fecunda de explotación por parte de especuladores audaces y sin conciencia. El pueblo no ignora ninguna de estas verdades:

*Obra de común, obra de ningún.  
 Asno de muchos, lobos le comen.  
 Cuidados ajenos matan al asno.  
 Manda y descuida, no se hará cosa ninguna.  
 El ojo del amo engorda el caballo.  
 Obreros a no ver, dineros a perder.  
 En comercio y en amores anda solo.*

Y ya que de este asunto he tratado, convendrá agregar también que la ausencia del interés individual es la causa de que el trabajo de los esclavos, de los reclusos, de aquellos a quienes se obliga por vía de contribución a componer los caminos públicos, en una palabra, de todos los que no producen en beneficio propio, sea de ordinario caro y de resultados poco beneficiosos. *Cossa fatta per forza non val una scorza*, dicen los italianos, y en términos semejantes se expresan los alemanes:

*Der Wille ist Werkes Seele:* (La voluntad es el alma de la obra.)

No es esto, sin embargo, regla general, y cuando lo fuera, no podría alegarse el hecho como razón bastante, según lo pretenden los sectarios del positivismo, para proscribir la esclavitud. Mengua criterio que no encuentra para condenar tan monstruosa iniquidad sino el que ¡el tráfico de sangre humana es por lo regular un mal negocio! Y donde los plantadores, con sus libros de cuentas en la mano, demostraran que el empleo de los esclavos era una excelente operación industrial, ¿qué podrían alegar los filósofos de la escuela positivista? Dejemos a estos pretendidos campeones de la libertad humana resolver tan ardua cuestión, y volvamos a nuestro asunto.

\*

\* \*

Quéjense algunos de que las ganancias de los empresarios no guardan proporción con las de los obreros, a pesar de ser el trabajo de éstos tan duro y constante; y no ha faltado quien sostenga que el que construye una casa, por ejemplo, y la vende después por mucho más de lo que le costó, está en el deber moral de distribuir parte de esa ganancia entre los obreros que ayudaron a levantarla. Y si en vez de ganancia hubiese pérdida, ¿estarían los obreros obligados a pagar el déficit que resultara en la cuenta del empresario? Claro es que no, porque precisamente ellos se contentaron con un salario bajo a trueque de no correr las contingencias del negocio. He aquí explicada en dos palabras la razón de aquella aparente injusticia que se advierte en la distribución de las ganancias entre empresarios y obreros. Los ingleses, gente práctica, tienen a propósito de esto dos refranes expresivos:

*When tho ride the same horse, one must ride behind.*

*He that hires the horse must ride before,* que quieren decir en castellano:

Cuando dos montan un mismo caballo, el uno debe ir atrás: el que alquila el caballo debe ir adelante.

El propio pensamiento se expresa en nuestra lengua con este refrán:

*El que toma las duras va a las maduras.*

\*

\* \*

Hay, fuera de estos de quienes hemos hablado, otros productores que trabajan en más alta y noble escala, y que aunque no concurren directamente a la creación de la riqueza, son sin embargo el alma de toda producción. Sin ellos, imposible sería cualquier adelanto industrial, vanos los esfuerzos que se hicieran para sacar partido de los elementos que el Señor ha puesto a nuestro servicio. Son esos productores los que arrancan sus secretos a la naturaleza, los que descubren las propiedades de los cuerpos, los que estudian las leyes de la justicia, para aplicarlas a la gobernación de los pueblos, los que consagran sus vigiliás a profundizar las grandes y trascendentales cuestiones relativas al destino y origen del hombre, los que fijan y analizan las leyes del pensamiento, los que educan la juventud, haciéndola apta para el trabajo y para el servicio de la República, los que recuerdan las glorias nacionales, los que levantan el nivel intelectual de los pueblos y les dan lustre y esplendor, los que enseñan las cosas buenas y nobles y grandes, los que mantienen en vela el espíritu contra las pérfidas y traidoras asechanzas de la sensualidad, los que defienden el derecho contra la fuerza, los que estimulan y

alientan a quienes vacilan o caen, los consoladores de los oprimidos y débiles, en una palabra, los que a la cabeza de todo movimiento de mejora o de progreso llevan en alto la bandera en cuyos pliegues se lee esta palabra: *Excelsior!*

Para éstos deberían ser en justicia las primicias de la industria; y sin embargo, lo que se ve de ordinario es que mueren en la indigencia y dejan en desamparo a sus familias aquellos que con los frutos de su ingenio y sus trabajos abnegados han enriquecido quizá generaciones enteras. La explicación que de esta anomalía dan los economistas es demasiado prosaica y fría para repetirla aquí. Toda ella está condensada en el siguiente adagio, de cuya exactitud dais testimonio vosotros, queridos y respetados compañeros, y todos cuantos en nuestra patria se han dedicado con devoción al cultivo de las letras y las ciencias: *honra y dinero no caben en un talego.*

\*

\* \*

El término de la producción es el consumo, como el remate de la vida es la muerte. Trabajamos, pues, para satisfacer nuestras necesidades, del mismo modo que debemos lidiar acá en la tierra para asegurar a nuestra alma la eterna felicidad en la posesión de Dios.

Trabajar sin buscar resultado alguno, sería imponernos una fatiga estéril y desaprovechar los beneficios divinos; pero trabajar para amontonar riquezas sin disfrutar de ellas y sin permitir que otro las disfrute, es el colmo de la insensatez y signo inequívoco de una alma baja y de una inteligencia depravada. El que hace del oro su dios, incide en la más degradante y torpe de las idolatrías; y empezando por negar lo que debe a su verdadero Dios, y por desconocer en sí mismo su alta dignidad, concluye por cobrar odio a su familia y a todos sus semejantes. Ser despreciable, sin afectos, sin sentimientos, sin aspiraciones generosas, el avaro pasa su vida odiando y siendo odiado, y muere maldiciendo y maldecido, porque *avariento rico no tiene pariente ni amigo.* En resumen, como enseña el refrán: *de nada sirve lo ganado si no está bien empleado.*

Pero aun después de su muerte el avaro sigue siendo funesto a la sociedad en que vivió. Las riquezas por él allegadas, estériles mientras estuvieron en sus manos, al pasar a las de sus herederos no se convierten de ordinario en fuente viva de prosperidad y de actividad industrial, sino que son causa de males aún más graves que el mismo infecundo estancamiento en que antes se encontraron. Los hijos del avaro, criados en medio de mal soportadas estrecheces, privados de la benéfica influencia de una educación esmerada, enseñados desde niños al disimulo, a la mentira y aun al fraude, corrompidos por los malos ejemplos y por el desamor e indiferencia del padre, esperan sólo la muerte de éste para dar rienda suelta a sus pasiones y apetitos, irritados éstos por la continuada privación. Riqueza puesta de este modo en la circulación, es cual germen ponzoñoso que al salir del foco de putrefacción va a difundir quizá muy lejos el contagio y la

muerte. La avaricia y la disipación, como se ve, se dan la mano; por eso dice el refrán:

*A padre endureador, hijo gastador.  
Hijo de mezquino, poco pan y mucho vicio.*

Por fortuna este degradante y odioso vicio de la avaricia no es general en ninguna sociedad, y menos en la nuestra que, vaciada en el molde español, peca, al contrario, por rumbosa y gastadora. Pero la disipación y la prodigalidad son también males, y males gravísimos que exigen una enérgica y oportuna corrección, porque tienen la particularidad de que una vez desarrollados son incurrables. La prodigalidad trae como necesaria consecuencia el agotamiento de los capitales, porque *de donde se saca y no se echa, de acabarse tiene, y quien tiene cuatro y gasta cinco no ha menester bolsico, y grano a grano se acaba el montón de antaño*; la paralización de la industria, porque *¿qué aprovecha candil sin mecha?*; la degradación y disolución de las familias, porque *donde no hay harina todo es mohina, y costumbres y dineros hacen los hijos caballeros*; la corrupción pública y privada, el retroceso científico e intelectual, porque *buenas son las razones tras los doblones*; el enervamiento y relajación del carácter nacional, que abre de ordinario el camino a la conquista extranjera. Todos estos y otros que sería largo enumerar, son los resultados del hábito de la prodigalidad y el despilfarro, así como los beneficios opuestos, el desarrollo de la riqueza y de la industria, la templanza en las costumbres, la conservación y el engrandecimiento de las familias, la energía del carácter nacional, son el fruto de la moderación y orden en los gastos privados.

Los economistas recomiendan, en consecuencia, como primera regla en materia de consumos para combatir la prodigalidad y ese necio pujo de los pobres de querer vivir como los ricos, el que cada cual acomode sus gastos a su renta, y que si aun es posible, ahorre parte de ésta para acrecer el capital o para subvenir a las necesidades comunes en los casos de crisis o de obligada suspensión del trabajo cotidiano. Esto mismo lo enseñan los siguientes adagios:

*No hay que extender la pierna más de lo que alcanza la manta.  
El pobre que quiere imitar al rico, perece.  
A quien no le sobre pan no críe can.*

Citaré ahora, para concluir este capítulo, otras reglas populares sobre consumos privados, que conviene recordar. Son tan prácticas, que no necesitan comentarios:

*Para hombre pobre, paño fino y caldero de cobre.  
Quien se viste de mal paño, dos veces se viste al año.  
Lo que no se necesita, barato es caro.  
Si quieres empobrecer, compra lo que no has menester.  
Ni tu pan en tortas, ni tu vino en botas.*

Y para los que comprometen sus capitales en construcciones superiores a sus recursos, ya sea por razones de ostentación, ya con el

objeto de proporcionarse holgura y comodidades, tenemos también un sabio refrán:

*Las obras con las sobras.*

Estas reglas sobre los consumos que la moral y la economía política prescriben a los particulares, son sagradas especialmente para los gobiernos, por la sencilla razón de que ellos no cuentan para subvenir a las necesidades del Estado sino con las contribuciones públicas que representan el pan del pueblo. Hacer gastos de pueril ostentación, disipar los caudales nacionales en empresas quiméricas o mal dirigidas, descuidar el cumplimiento de obligaciones premiosas, multiplicar innecesariamente el número de los empleados; todo esto, que en un particular sería sobremanera reprehensible, en un gobierno viene a ser delito de lesa humanidad, no sólo porque implica para el pueblo gravámenes injustificados, sino porque la disipación oficial tiene un carácter tan contagioso que es casi imposible se sustraiga a ella una sociedad en donde los que gobiernan estimulan y facilitan el desorden y la intemperancia en los gastos. Y no hay que forjarse la ilusión de creer que un pueblo puede soportar el peso de derramas y gabelas siempre crecientes, cuando no aumenta a la par la riqueza nacional, cuyas fuentes ciegan los impuestos excesivos o desigualmente repartidos; todo lo cual se explica gráficamente con los siguientes refranes:

*A la bestia cargada el sobornal la mata.  
La sobrecarga mata, que no la carga.*

Creo, señores, que estoy abusando de vuestra benévola atención. En este apedazado discurso he tratado de hacer notar, pasando ligeramente por las cumbres de la economía política, la concordancia que existe entre las conclusiones a que ha llegado la ciencia, y las que ha sacado el pueblo con el solo ejercicio de la razón natural. Arguye esta concordancia en favor de la misma ciencia que no es, como suponen algunos, conjunto de vanas lucubraciones, sino estudio esencialmente práctico y sobremanera benéfico para hacer comprender las leyes naturales sobre las cuales estriba la organización social. El día en que esta verdad penetre en todos los espíritus, cesarán muchas irritantes injusticias arriba, y dejarán de oírse abajo las voces destempladas del odio y de la envidia. Considero por lo mismo del más vivo empeño posible, vulgarizar las verdades económicas, admirable corroboración de las enseñanzas evangélicas; pero para esto es preciso empezar por limpiar aquel estudio de todas las sutilezas con que lo han oscurecido los maestros. El pueblo no gusta de reconditeces, y para que comprenda y ame la verdad, hay que hablarle en su idioma. El Divino Maestro adoctrinó así a las gentes.

Probar que acaso pueda conseguirse esto con la economía política apelando a la forma popular por esencia, ha sido el objeto que me he propuesto en este discurso. No sé si lo habré logrado; pero abrigo la esperanza de que si alguno acomete con perseverancia la labor indicada obtendrá excelentes resultados.